

ÁFRICA PINTORESCA

REGIÓN DE LOS GRANDES LAGOS

POR VÍCTOR GIRAUD

EL CONGO

EXPLORACIONES REALIZADAS EN EL OESTE DE ÁFRICA POR SABORGNA DE BRAZZA

Edición espléndidamente ilustrada



ESCOLA NORMAL
DE MAESTROS →
ALICANTE

BIBLIOTECA

BARCELONA



MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1888

En la orilla opuesta había un grupo de indígenas que nos miraban con la boca abierta y los ojos azorados, sin saber si soñaban ó estaban despiertos.

Al anochecer habíamos cruzado el Ruhaha, desarmado las secciones del barco y amarrádolas de nuevo.

Acampé en la aldea de Niukua, situada á dos kilómetros agua abajo de la orilla derecha del río. Los indígenas me aseguraron que el Ruhaha pasa por el país de Merere, lo que no puedo creer por cuanto no lo he atravesado dos veces. Como, por otra parte, no desagua en el Nyasa, es de suponer que sea un afluente del Ruvuma. Muchos de sus afluentes tienen aguas salobres, y la sal es bastante común en las cercanías.

Niukua figura en el número de los recuerdos agradables de mi viaje. Represéntese el lector un inmenso verjel, alfombrado de musgo blando y fresco, y cubierto á trechos de arbustos verdes y de matorrales espinosos, teniendo al Este el río con el sempiterno resuello del hipopótamo, el graznido de los ánades silvestres y el grito de las becadas, y al Norte y al Oeste las brumosas cumbres del Usagara.

Graciosamente diseminadas, vense allí ocho ó diez cabañas, perdidas en aquella soledad inmensa y en un espacio de 200 á 300 metros. Por la noche unas 150 cabras y carneros se amontonan en sus apriscos, balando y empujándose, conducidos por muchachos de abultado vientre y desnudos como gusanos.

Hassani mata un rinoceronte de dos cuernos: yo se lo regalo al jefe de la aldea y guardo una cebra para mi gente y mis huéspedes.

El jefe, agradecido á mi generosidad, me regala una cabra, una gran jarra de leche, y al despedirse de mí me dice que será siempre mi amigo. Varias veces me manifestó su extrañeza al ver que yo no quería nada de su pueblo, al contrario de lo que hacen las caravanas árabes cuando pasan por estas pobres aldeas.

¡Por qué no habré de haber encontrado otros Niukua escalonados en mi camino!

El 10 marchamos por un valle, divisando en el horizonte la azulada sierra del Usagara que atravesaremos mañana.

Tengo la costumbre de conceder á las diez media hora de descanso á mi caravana, y yo me adelanto solo, seguro de que no tardará en alcanzarme. Durante este corto alto me quedé aislado á unos cien metros de mi gente, cuando al llegar á una bifurcación del sendero, resonó en la maleza y á tres ó cuatro metros de distancia el formidable rugido de un león. Al punto le siguió el ruido del ramaje, y cuando mis hombres llegaron á la carrera, todo había vuelto á quedar en silencio; como el león no suele rugir sino cuando acaba de coger su presa, supusieron que me había sucedido alguna desgracia. En las pesquisas que hicieron por la maleza descubrieron algunas gotas de sangre: repitióse el rugido á cosa de un kilómetro de distancia, y dejamos que la fiera devorara tranquilamente su presa. No se ha exagerado en cuanto se ha dicho acerca de la emoción que causa el rugido del león, grito ronco y formidable que parece arrancar toda vida á la naturaleza, imponiéndola un silencio de muerte.

El aullido de la hiena nos produce también una impresión extraña durante el silencio de la noche, con tanto mayor motivo cuanto que á menudo resuena á nuestro lado, en el campamento mismo y á tres pasos de mi tienda ó de las chozas de mis mozos, cuando no hemos en-

contrado ramas para hacer una estacada. Es un rugido casi tan espantoso como el del león, y apenas le cede en sonoridad.

El grito de llamada del león se compone de dos notas largas, *ou-o*, que la voz humana sólo podría imitar hasta cierto punto, haciendo los esfuerzos guturales que produce el mareo; su rugido de furor es parecido al resuello corto, áspero y estridente de la locomotora cuando se pone en marcha. El de la hiena empieza lo mismo que el grito de llamada del león, pero termina en carcajadas nerviosas, que podrían representarse por la onomatopeya *ou-hi-hí*. Muchas tribus del Uhehe lo imitan valiéndose de él como grito de guerra.

Las fieras son aquí numerosas y de diferentes especies, como sucede en todos los sitios en que abunda la caza. Mis hombres encontraron en las cercanías del campamento dos pequeños jaguares del tamaño de un gato.

¡Qué campamento nos cupo en suerte el día 10! Una llanura árida, seca, al lado de una gran peña hueca, que por fortuna conservaba un poco de agua de lluvia. El terreno tiene un color de ocre tostado, y está agrietado y cubierto de la atroz *Acacia horrida*; al mediodía un sol de fuego; por la tarde la tormenta diaria. Mi gente dice que esto parece el Ugogo; si el Ugogo es verdaderamente así, me felicito de no haber trabajado más amplio conocimiento con él.

El 11 acampo en Mgovero, aldea de cuatro chozas en la que no hay ni diez libras de harina para vender, y mis hombres tienen que alejarse bastante por las cercanías para encontrar víveres.

Paso la tarde tirando á los francolines y á las perdices, que abundan en todas partes. Los primeros están casi siempre posados en los árboles: los zanzibaritas les llaman *kuaré*, palabra que imita bastante bien su canto chillón.

El 12 llegué á Mdaira, junto al río del mismo nombre, al pie de la última cadena del Usagara que aun tengo que cruzar para encontrarme en el Uhehe.

Los indígenas de aquí cuccen (tal es la expresión admitida) un poco de sal para venderla en las cercanías en gruesos y redondos panes que han conservado la forma de la vasija en que la han puesto á secar. Recogen la sal en las orillas del río donde se encuentra formando florescencias salinas, y en seguida la disuelven en agua juntamente con el lodo ceniciente que la acompaña. Luego pasan este líquido poco apetitoso al través de una capa de hierbas que lo purifica ligeramente, y por último lo someten á una ebullición lenta que lo cristaliza y le da la forma de panes.

En todas las comarcas africanas donde hay sal se sigue el mismo procedimiento sencillo y económico, que produce un pan negruzco; y la impresión que éste causa en la lengua y en el páladar es como la de la arena empapada en una solución salada. Por lo demás, no obraría bien si hablara mal de esta sal, pues por espacio de dos años consecutivos ha hecho mis delicias.

La sierra que se alza ante nosotros tiene cerca de tres kilómetros: ¿es verdaderamente la última? Me atrevo á esperarlo así. Hace diez días que el guía se empeña en persuadirme de que de un momento á otro debemos desembocar en una inmensa llanura que se extiende á gran distancia por el Oeste. Las dificultades naturales no son más que cuestión de trabajo y de cansancio; pero temo mucho encontrar otra clase de obstáculos así que nos acerquemos al Uhehe. Los

Observo que este salvaje tiene una facultad inesperada aquí, el sentido contemplativo.

Cierto día en que iba yo persiguiendo búfalos en el Uhehe, el ardor de la caza me condujo á la mitad de la altura de una colina peñascosa desde la que se divisaba una llanura inmensa. Sentado en una gran piedra de gneiss, contemplaba cómo bajaba el sol hacia el horizonte: aquel panorama era bastante grandioso.

Ferruji, sentado también, con la carabina entre las piernas y la vista fija en el vacío, mascaba tranquilamente un pedazo de tabaco que yo acababa de darle; y sabiendo que no me gusta que se me distraiga cuando estoy absorbido en mis pensamientos, aprovechó el momento en que encendí un cigarrillo para exclamar en voz baja:

— ¡Qué hermoso es todo esto!

— ¿Qué has dicho? — le pregunté admirado.

— Digo, amo, que esta llanura es muy hermosa.

Hubiera dado cualquier cosa por entablar con él una conversación acerca de lo bello ó de lo pintoresco; pero el idioma kisuali carece de palabras para expresar la menor idea abstracta.

Ferruji está dotado también de sentimiento filial y á veces me habla de su madre.

A medida que nos acercamos al Ubena, el país forma valles cubiertos de arboleda, pero conservando la misma altitud media de 2,000 metros sobre el nivel del mar.

Gracias á estas lluvias continuas, la vegetación ha recobrado todo su vigor, mas por lo mismo la marcha es muy fatigosa. El sendero es casi siempre un arroyo cenagoso ó lleno de guijarros, abierto en una molasa rojiza más ó menos resistente.

A menudo andamos cuatro ó cinco horas sin encontrar una vivienda. La caza escasea, y hasta la cebra desaparece por largo tiempo, siendo el rinoceronte el único cuadrúpedo que anima estas soledades inmensas.

Nunca he visto que los indígenas lo cazaran; le temen, y sin embargo, el único sentido que tiene algo desarrollado es el olfato: Hassani dice que con sus pequeños ojos no ve dicho animal á diez pasos de distancia; y en cuanto á su oído, el ruido que hace siempre en la espesura, lo hace casi inútil.

El **yo** acampé en una loma llena de piedras erráticas, en medio de una inmensa llanura de hierbas y junto á un pequeño maizal perdido en aquella soledad.

Se observa una circunstancia curiosa en los Vuahéhe, y es que no tienen *mgandas* ó hechiceros, cosa que en mi concepto indica que se hallan á un nivel intelectual relativamente más elevado.

La jornada del **11** debía figurar entre las más tristes de mi viaje. Dos de mis hombres fallecieron por la tarde á causa de la humedad persistente en que vivimos: murieron de disentería. El primero, enteramente paralizado hacía muchos días, viajaba por primera vez por el interior. El segundo, viejo conductor, que sólo estuvo enfermo cuarenta y ocho horas, llevaba todavía su carga tres días antes.

Abriéronse las dos huesas una junto á otra en un lugar apartado; y para preservar en lo posible á los cadáveres del diente de las hienas, los zanzibaritas han recurrido un medio bastante ingenioso. Abren una zanja perpendicular á tres metros de profundidad, y partiendo entonces del fondo, excavan otra al lado de la primera, sacando la tierra sin tocar al humus.

Esta segunda huesa, en la que deben meterse los cadáveres, se halla de este modo cubierta de una capa de humus no removida, á la cual no tocan las hienas, y como estos animales tienen la costumbre de escarbar la tierra perpendicularmente al suelo, no suelen dar con el cadáver.

Bajáronse á la tumba los cuerpos envueltos en un lienzo blanco, observando mientras tanto los zanzibaritas profundo recogimiento, lo cual me admiró mucho en ellos.

El 12 vi dilatarse ante mí la llanura del Ubena, lisa, cubierta de hierba hasta cuarenta millas de distancia y limitada al Oeste por una elevada línea de montañas blancas.



El guía se detiene y se sienta al borde del sendero. — De un croquis del autor

Hace algunos días que camino á ciegas. Cuando pregunto dónde está el Nyasa, el uno me dice que al Sudoeste, el otro que al Nordeste, y luego ambos se echan á reir, burlándose de mi incertidumbre. Mis hombres todavía pueden proporcionarse víveres, pero guía, ninguno.

— Puesto que has venido solo, — se me responde, — sabrás seguir adelante solo.

¿Cuál es esa alta sierra que se divisa al Oeste? ¿Por qué lado se podrá trepar á esas cimas escarpadas? Todos los ríos se han desbordado, y por las mañanas pierdo horas enteras en cruzarlos.

Esta mañana atravesamos muy despacio un riachuelo. Mis hombres hacían la cadena cogidos de la mano. Metidos en el agua hasta el cuello, tenían justamente la fuerza necesaria para contrarrestar el ímpetu de la corriente, cuando mi novillo tuvo la malhadada ocurrencia de echarse al agua para pasar á su vez. Empujado por la corriente, va á parar contra la cadena, que se rompe, y el riachuelo se lleva ocho ó diez fardos.

Wadi-Combo, Salamini y otros diez se zambullen, y logran cogerlos; pero perdemos en todo esto más de media hora, aparte del enojoso tiempo necesario para secarlo todo en un día sin sol.

Todos los riachuelos arrastran un agua arcillosa y de color blanco lechoso, mas por fortuna

potable; sin duda van á parar al Nyasa. ¡Si á lo menos pudieran conducirme á los valles en que se halla este lago!

El 14 pasamos en Mgamba, antigua residencia de Merere, otro día de luto. Ususu, uno de los conductores de mi barco, ha desaparecido, y los indígenas atribuyen esta fechoría á un león que causa grandes estragos en las cercanías.

Al día siguiente, consagrado al descanso, envío veinte hombres en su busca. Babaidi vuelve lleno de miedo, y pone sobre mi mesa dos costillas recién roídas y un jirón ensangrentado de tela que no nos permiten abrigar ya duda alguna sobre la suerte del infeliz Ususu. Babaidi ha encontrado las primeras manchas de sangre á unos doscientos metros del campamento. Guiado por ellas había ido mil quinientos metros más allá, hasta un grupo de rocas, á la entrada de una cueva donde encontró aquellos sangrientos despojos.

Hassani ha matado esta tarde un rinoceronte blanco de dos cuernos.

Las viviendas del Ubena se parecen á las del Uhehe; sólo que á mí ver el país está más poblado. Las tiendas están más aseadas y todas son de forma cuadrangular. Los campos están bien cultivados. Aquí encuentro por primera vez batatas y habichuelas que son un gran recurso para mi mesa, pero no para mi gente, que echa de menos la harina y prefiere el maíz crudo, diciendo que las habichuelas y las batatas sólo son buenas cuando no hay otra cosa que comer.

La población tiene las mismas costumbres que la del Uhehe, pero no habla el mismo dialecto; el de aquí se parece al usado en el país de Merere, en el Usasa, y lo saben muchos de mis hombres. Como los vuabena son menos camorristas y turbulentos que los vuahehe, estos los dominarán un día ó otro.

El Usasa, residencia actual de Merere, es una pequeña comarca montañosa que me designan al Noroeste: su población se reduce, según dicen mis hombres, al boma de Merere. Todos hablan con horror del inmenso purí que lo rodea, y en el cual no se encuentra por espacio de un mes otro alimento sino miel.

Aquí, como en el Uhehe y en el Condé, adonde llegamos pronto, la única arma ofensiva es el venablo. Aunque en el Urori abunde el hierro tan poco como en todas partes, los obreros que lo trabajan tienen fama de hábiles. Cuando el indígena está fuera de su casa, lleva siempre al hombro un haz de estos venablos, y en la mano izquierda su escudo.

El venablo del Urori es el arma más mortífera que he encontrado. El astil, recto y liso, apenas tiene sesenta centímetros de longitud; el hierro está barbado de mil modos, y la otra punta ó cuento del astil, provista siempre de un contrapeso de hierro, contribuye á aumentar la fuerza de penetración, que es verdaderamente sorprendente.

El venablo tiene sobre la flecha la ventaja de que siempre se lleva en la mano, pronto á dispararse, y la de que es fácil ejercitarse en su manejo con cualquier palo, al paso que una flecha disparada es siempre una flecha perdida. No hay niño de siete años que no maneje el venablo como su padre y su madre, mientras que en las tribus armadas de arcos se encuentran siempre ancianos que no saben apuntar una flecha. Para esta gente miserable, dos ó tres flechas son una fortuna, y lo piensan mucho antes de dispararlas.

El salvaje está seguro de hacer blanco á diez metros de distancia, y no hay que contar con ver venir el venablo y poder esquivarlo. Muchas veces he calculado que en los tres segundos

Los kirangozis, que durante estos tres días habían puesto á prueba mi paciencia del modo más cruel, desaparecieron aquella noche, y el 21, para llegar al país de Mkewe tuve que seguir la pista de algunos indígenas que buscaban líber de miombo para hacer prendas de vestir.

A un kilómetro de la aldea, encontré un grupo bullicioso de guerreros de Mkewe disfrazados de rugas-rugas. Me gritaron que antes de entrar era preciso enviar un buen regalo á su jefe para probarle que no iba á hacerle la guerra.

Mitad de grado y mitad por fuerza, acampé á 500 metros de la aldea, y como preveía algu-



Acometida de un rinoceronte. — De un croquis del autor.

nas dificultades, instalé un *boma* sólido en una pequeña elevación que dominaba todas las cercanías. Llegaron á mis oídos los ecos del tam-tam que salían de una espesura próxima; era la residencia de Su Majestad. Alrededor y en un kilómetro á la redonda no vi más que barbechos en un terreno bastante quebrado.

El primer día pasó bastante tranquilamente. En su deseo de verme, Mkewe había simulado aceptar mi regalo de telas. Por la tarde fui á visitarle á su aldea con ocho hombres armados de revolvers cuidadosamente ocultos en su camisa. Aquel aparato pacífico, que no le engaño por cierto, le hizo titubear un momento, pero fué cuestión de un segundo.

La *boma* de Mkewe, instalada, como he dicho, en una espesura, me recordaba la de Kuiwanda por la confusa aglomeración de las chozas, y únicamente en un segundo recinto circular, afecto especialmente á los esclavos del jefe, había un tercero, que no contenía más que una choza, la del mismo Mkewe.

esta extensión de terreno que casi constituyen su carácter típico. Es verdad que el térmite puebla todos los subsuelos de los países que he cruzado desde la costa, pero en ninguna parte había visto que sus construcciones llegasen á una altura tan gigantesca como aquí.

No hay nada que contenga á esos animalejos activos é industriales, ni la arena ni los pantanos, y á la verdad no comprendo por qué algunos de ellos se toman el trabajo de construir viviendas cuando basta levantar las piedras en cualquier parte para encontrar sus nidos.

Su arquitectura varía hasta lo infinito; tan pronto tienen sus nidos la forma de un hongo descomunal, como el de una eminencia ahuecada de pie y medio de altura; los más comunes á la vez que los más notables tienen la de un cono de tres á cuatro metros de elevación por diez de diámetro en su base. A cada 200 metros, el sendero rodea uno de estos altozanos; yo no tenía otros campamentos en la orilla inundada del Chambezi.

Vuelvo ahora á ocuparme de los cuatro días de puri que mi caravana tuvo que atravesar para ir del país de Muirua al de Mkewe. Durante la primera jornada, y cerca del primero, encontramos otros campamentos de menor importancia, pero siempre como perdidos en lo más profundo de la maleza.

A medida que avanzamos, escasean más el sorgo y el maíz, y aun cuando los pago bien, con dificultad puedo proveer mi mesa. Mi gente se contenta con harina de ulesi, sémiente áspera y desabrida que no he podido atravesar ni aun en los días de mayor escasez. Por espacio de algunos meses será su alimento exclusivo: como todas las malas hierbas, crece sin cultivo, y los indígenas, poco melindrosos, prefieren esta planta al sorgo, que requiere algún cuidado.

En este país extraño donde predomina el puri, la cuestión de los víveres será mi principal preocupación; es indispensable una alimentación sustanciosa en la ruda existencia de conductor de fardos, y en vista de la insuficiencia de cereales, procuro conseguir que la caza sea todo lo fructuosa posible.

Durante la primera jornada tan sólo divisamos una numerosa manada de elefantes que al acercarnos desapareció al trote en la espesura; Hassani y yo la seguimos dos horas sin resultado, y al regresar tuve que matar una de las vacas para reanimar á mis hombres extenuados.

Al llegar al día siguiente á una encrucijada, resonó á mi derecha y á pocos pasos el gruñido salvaje de un rinoceronte. Me acerqué poco á poco en aquella dirección con Wadi-Combo; la pista parecía perderse lejos del sendero, por lo cual volvía ya para ponerme á la cabeza de la caravana, cuando oí en la retaguardia gritos de terror. Al llegar á aque sitio, vi á todos mis hombres dispersos y trastornados: las cajas y los fardos estaban revueltos por el suelo; y dos mozos heridos procuraban recobrar los sentidos entre los brazos de sus compañeros.

— ¡Faro! ¡Faro! — gritaban consternados.

El animal había cambiado de dirección y se había lanzado por el sendero, furioso y tan bruscamente que derribó diez hombres. Por fortuna las heridas se reducían á fuertes contusiones.

Hassani consiguió matar un búfalo aquella tarde, pero su carne no llegó hasta media noche.

El 20, en el momento de acampar, encontramos una gran serpiente bastante curiosa. Los guías, que me precedían algunos pasos, la habían encontrado dormida, al pie de un tronco, y la clavaron al suelo con una lanza.

Este jefe frisaba en los cuarenta años; grueso y corpulento como todos los jefes del Uemba, que no viven más que de pombé, va adornado con un número incalculable de brazaletes de gruesas cuentas encarnadas que le cubren el pecho, los brazos y las piernas; debajo de su redondo vientre lleva un pedazo de tela, encarnada también y negligentemente echada sobre las piernas; tiene la cara algo pintada del mismo color; y sus ojos, en los que se revela la astucia, miran de un modo tan socarrón como solapado. Está sentado, apoyado de espaldas á la empalizada, y le rodea un centenar de indígenas armados de arcos ó de viejos fusiles de chispa y sentados en el suelo. Una orquesta, compuesta de seis tambores y de tres cantores, aúlla, más bien que canta, loores á su jefe.

Veó entre aquella multitud, tres ó cuatro hombres mutilados, unos sin nariz y otros sin orejas. Los que tocan el tambor no tienen más dedos que el pulgar de cada mano, y á los tres eunucos que cantan les han sacado los ojos.

— Veo que arreglas bien á tus súbditos, — dije á Mkewe designándole todos aquellos inválidos.

— Sí, — me contesta riendo, — eso les enseñará á no tocar á mis mujeres.

— ¿Y á ellas, qué les haces cuando son culpables?

— Las azoto solamente, porque una mujer sin nariz, sin orejas ó sin manos no sirve para nada.

Esta población del Uemba tiene buen tipo, á pesar de su aspecto duro, feroz y desconfiado. Su estatura media es mucho más aventajada que la de mi gente; su busto es flaco, el vientre abultado y la pierna larga y fina. Se conoce que son hombres acostumbrados á andar por el puri. Sus ojos bastante oblicuos, lo mismo que la boca, les dan cierto parecido con la raza amarilla. Sus tocados y pinturas son tan confusos y variados qué no es posible describirlos.

Usan por armas el arco y la flecha además de algunos fusiles viejos; y como traje, una pequeña piel de mono, ó un ancho pedazo de tela de liber, y también telas de la costa, traídas aquí por caravanas de vuanyamezis que llegan hasta estos sitios para comprar esclavos. Sabido es cuán nómadas son los vuanyamezis, y si lo recuerdo, es porque en dos ó tres ocasiones los he encontrado en el Uemba y á veces completamente instalados. Decían que huyen de la guerra sobrado frecuente en el Unianembé, lo cual no obsta para que sean tan belicosos como los vuemba.

Mkewe no me hizo mala acogida. Empezaba yo á tener confianza en él cuando á la mañana siguiente vino á buscarme uno de sus msagiras.

— Mkewe, — me dijo, — asegura que será amigo tuyo para toda la vida siquieres darle tus dos mejores fusiles (*mi big-gun* y *mi kropatchek*) con uno de esos pequeños fusiles que se llevan en el bolsillo. Para demostrarte la importancia que da á semejante regalo, Mkewe acaba de mandar á sus súbditos que no vendan víveres á tu caravana hasta que tenga en su poder los dos fusiles.

Como no recibieran nada, los msagiras volvieron por la noche á la carga, armados y en crecido número. Seguramente tenían orden de intimidarnos.

— ¿Qué viene á hacer aquí ese blanco? — gritó el jefe como un energímeno. — Una caravana que no compra víveres ni esclavos, sólo puede tener intenciones de guerra. ¿Por qué tienen tanto empeño en conservar sus fusiles hasta el punto de negar dos á nuestro jefe? Si quieren la guerra, que lo digan; estamos prontos por cuanto es nuestra profesión.

Y como yo me echara á reir al oír aquellas declaraciones de guerra, de las que empezaba á estar saturado:

— Msungu, — me dijo algo más sosegado, — haces mal en reírte. ¿Sabes bien cuál es tu situación aquí? Ante todo, no puedes tomar el pueblo por asalto (y era verdad). Hacia el Sur sólo encontrarás puri, porque el año pasado nos comimos todos los habitantes. Al Oeste, también el puri, y más adelante, á Marukutu, que será más exigente que Mkewe; jamás ha salido una caravana entera de su país. Al Norte, encontrarás el Chambezi, que tiene tres días de ancho; por último, al Este, ya conoces el puri que acabas de atravesar. En todos estos casos, tu gente padecerá hambre dentro de dos días, y si quieres huir, te verás obligado á abandonar tus bagajes.

Todas estas fanfarronadas impresionaron vivamente á mi gente.

Hassani mató un búfalo aquella tarde.

A la mañana siguiente fuí en persona á ver á Mkewe con veinte hombres armados. Se me negó la entrada en la aldea, y tuve que conferenciar en la puerta.

— Deseo que seas amigo mío, — me dice Mkewe, — pero ¿por qué me niegas esos dos fusiles? No quiero quitártelos á la fuerza, sino que los pongas tú mismo en mi mano como un presente de buena amistad. ¿Qué vienes á hacer aquí? ¿A saquearme tal vez? Eres un gran sultán de Europa, lo he conocido en tu cara, y además llevas contigo demasiadas riquezas (mis cajas) para ser un blanco ordinario. Es menester que me hagas un regalo digno de tí, y cuando pasen las caravanas, les enseñaré éstos dos fusiles y les hablaré del gran jefe á quien he recibido.

— No quiero hacer la guerra á Mkewe, — le respondí, — sino más bien captarme su amistad. No soy un sultán, sino un simple msagira enviado por mi rey para ver á dónde va el gran río. En cuanto á los fusiles, me los ha prestado mi sultán, y no puedo desprenderme de ellos. ¿Qué diría Mkewe á uno de sus jefes que hubiera dado á un extraño un objeto que le pertenece? En mi caravana tengo otros fusiles que son míos; estoy dispuesto á darte uno, pero estos dos, jamás.

La conferencia se prolongó por espacio de una hora y sentí tener que escuchar la dialéctica de mi contrincante. Al separarme de él le dije:

— Tienes muchos *manenos* (discusiones); pero yo no tengo más que uno: nunca poseerás mis fusiles.

— Está bien, — contestó, — aguardaré á que tengas bastante hambre para dármelos.

¿A qué detenerme en reproducir estas discusiones interminables cuyo recuerdo me subleva? Me urgía partir, tener guías y víveres; el 23 por la mañana hube de ceder, y lleno de rabia, envié á Mkewe mi Kropatchek, mi fusil predilecto, la mejor de mis armas. En un arranque de generosidad, Mkewe me había perdonado el *big-gun*.

La llegada del fusil á la aldea fué saludada con una salva de tiros, y Mkewe, mi amigo ya, llegó á toda prisa al campamento para ver el barco. Como venía acompañado de todo su pueblo armado, le rogué que dejara sus fusiles á la puerta, y después de una larga deliberación, accedió á entrar con diez fusiles solamente con los gatillos echados.

Entonces la emprendí con él de nuevo para que me devolviera mi arma. Nunca me había esforzado tanto en ser elocuente y persuasivo; le ofrecí la mitad de un fardo de tela y kilogramos de abalorios. Mkewe me escuchó media hora sin pestañear.

—Msungu, —me dijo al marcharse;— hoy tienes muchos *manenos*, pero yo no tengo más que uno: he dicho que quería ese fusil, y lo tengo.

Por la tarde me envió diez kilogramos de una sal que se recoge en sus Estados y que era toda su provisión. Además, por orden suya, su orquesta vino á mi campamento á armar el estrípito de costumbre,

Mi amigo Mkewe me había dicho en tres distintas ocasiones que jamás me permitiría continuar al Sudoeste en dirección del país de Murukutu. Estaba en guerra con él y no quería enviarle una caravana tan hermosa como la mía. Un vungamuezi establecido aquí hace mucho



La orquesta de Mkewe. - De un croquis del autor

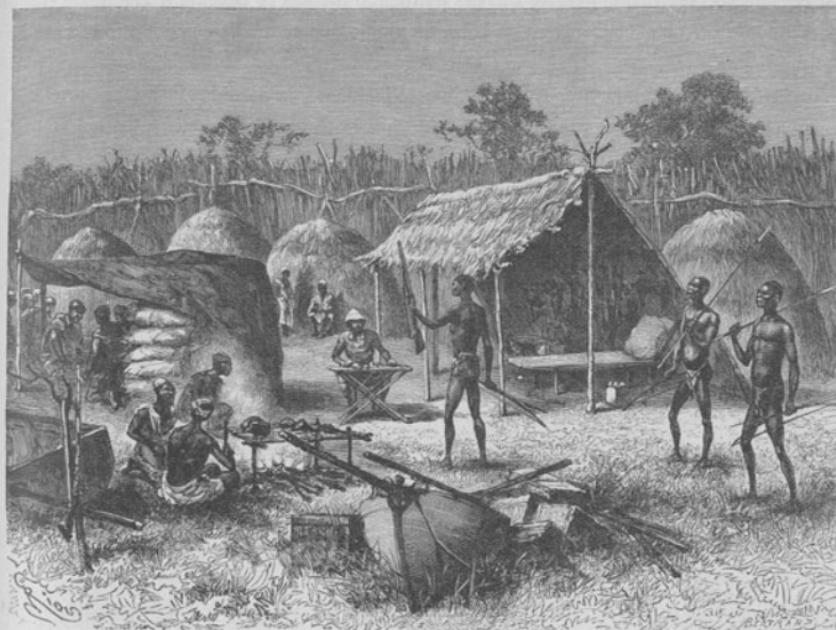
tiempo me ha hablado tan mal de Murukutu que bien á pesar mío me decido á cambiar de itinerario.

— Murukutu, — me dice aquel hombre, — es peor que Mkewe; tiene doble número de fusiles, y á todas las caravanas que pasan por su país se las saquea y reduce á la esclavitud. Además, al Sur del lago no encontrarás con qué alimentar una caravana como la tuya, y si te libras de Murukutu, caerás más adelante en manos de Moincoiremfumu, que es tan malo como él. Al Sur del Chambezi, lejos de Ketimkuru, del cual están separados por el gran río, todos los sultanes se declaran independientes y abusan de los puris que los rodean para saquear las caravanas. Mkewe es el mejor de todos; así es que venimos algunas veces á su país. Tienes á tu disposición dos caminos á una y otra orilla del Chambezi, pero morirás en los pantanos; además, esas orillas están habitadas por rugas-rugas que te atacarán todos los días. Lo mejor que puedes hacer es cruzar el Chambezi y tratar amistad con Ketimkuru que no es un mal hombre. La travesía del río te costará mucho trabajo; pero Ketimkuru te dará buenos guías para llevarte al Bangueolo.

Aquel vungamuezi no tenía interés alguno en mentir, y todas las consideraciones que me hizo me decidieron a pasar al país de Ketimkuru, a pesar del gran rodeo que me obligaba a dar este nuevo camino.

El 24 de mayo salí del maldito pueblo de Mkewe con dos guías para encaminarme en derchura al Chambezi. Era para mí un sensible contratiempo dejar allí mi Kropatchek, así fué que no pude menos de tratar de ladrón á Mkewe delante de un msangira, añadiendo que pondría en conocimiento de Ketimkuru el modo cómo se había portado conmigo y que me valdría de toda clase de medios para recobrar mi arma.

La primera marcha del 24 fué larga; todos teníamos afán de poner algunas leguas de por medio entre nosotros y el bandido Mkewe.



Restitución del Kropatchek. – De un dibujo del autor

La llanura se extendía ante nosotros hasta perderse de vista, salpicada á trechos de anchos claros pantanosos sin vegetación alguna ó de bosquecillos, sin más accidentes en el terreno que los hormigueros y las anchas y profundas pisadas de elefantes que durante la última manika han estropeado el sendero. En el momento de acampar á eso de mediodía, me lancé sobre una pista de búfalos: en menos de un cuarto de hora los alcancé detrás de un hormiguero, bien situado contra el viento, desde donde pude observarlos dos minutos antes de dispararles un tiro. En un silencio profundo, apenas interrumpido por el ruido de las mandíbulas y sólo de vez en cuando por algún resuello ahogado unos veinte animales pastan tranquilamente. Únicamente un macho viejo, más próximo á mí, me mira bajando la cabeza, con las orejas tiesas y las narices humeantes; presiente sin duda algún peligro, y dos veces da una media vuelta sacudiendo sus largas crines, y recobrando luego su inmovilidad. Más allá tres terneros pasean sin cuidado; y á la derecha, á la sombra de un grande árbol, dos de aquellas reses dormitan con sueño ligero.

El negro lomo y la piel lisa y estirada de todos ellos relucen al sol como escudos de acero brñido.

La brisa del Sudeste es fresca; estoy enteramente contra el viento, reteniendo mi respiración. Mis dos compañeros, tendidos en el suelo detrás de mí, guardan profundo silencio, más á pesar de todo, los animales están sobre aviso y veo sus cuernos dirigidos hacia mí. A treinta metros de distancia planto una bala de mi *big-gun* en el brazuelo del adulto más próximo.

La persecución del herido duró más de hora y media, por estar yo mal armado con un fusil Gras. A cada 500 metros, el animal, que iba perdiendo fuerzas, se detenía haciéndome frente, y no presentando otro blanco á mis malas balas de plomo que su ancha cuna. No lo rematé hasta el décimo tiro.

Volví furioso al campamento. En vista de este incidente, la pérdida de mi Kropatchek me parecía ya una catástrofe, cuando vi un msangira que, llevando al hombro mi querido fusil se acercaba seguido de otros. Al llegar delante de mi choza con ese aire arrogante que los caracteriza, los bandidos cambiaron de ademán viendo que los dos guías no estaban en el campamento, porque habían ido con mi gente en busca de caza, y los cuatro recién llegados, á fuer de verdaderos salvajes, dedujeron al punto que los había mandado asesinar.

— Msungu, — me dijo el jefe arrodillándose y dando una palmada, — nos envía Mkewe para decirte que siente mucho lo que ha pasado. Tú le has tratado de ladrón amenazándole con el enojo de Ketimkuru, y como no quiere que lleves formada mala opinión de él, nos ha recomendado que te devolvamos tu fusil.

— ¡Mongo! (mentira) — exclamó Kamna que no perdía una palabra de la conversación mientras limpiaba las cacerolas.

Era indudablemente mentira; pero mientras tanto yo recobraba mi Kropatchek, y no será tan fácil que me lo vuelvan á coger.

Al regresar los dos guías, el msangira recobró todo su aplomo y volvió á mi choza para explicarme el verdadero objeto de su misión.

— Mkewe, — me dijo, — no quiere tener manenos con Ketimkuru; te devuelve tu fusil, pero si te lo guardas, tengo orden de llevarte mañana los dos guías, y saldrás como puedas de los pantanos del Chambezi.

Aquellos guías eran para mí cuestión de vida ó muerte. Lo que diré mañana del Chambezi lo hará comprender mejor que una página entera de explicaciones; así fué que empecé otra vez á desesperar de salir bien de aquel negocio. Decidido sin embargo á todo con tal de conservar mi arma, mandé llamar al msangira al hacerse de noche.

— Si quieres ganar un buen regalo, — le dije, — he aquí lo que te propongo; mañana volverás á presentarte á Mkewe con un presente soberbio que te daré para él; y le dirás que no me es posible en modo alguno prescindir de mi fusil y que prefiero pagarle diez veces su valor en telas. Sé que Mkewe no aceptará este regalo; pero esta negociación me dará dos días de tiempo que me bastarán para pasar el Chambezi.

— Lo que pides, Msungu, es mi cabeza, porque Mkewe me la mandará cortar si vuelvo sin el fusil.

— Sí, pero el regalo valdrá la pena de que arriesgues la cabeza.

Debió presumirlo así, porque á eso de media noche quedó cerrado el pacto rompiendo al efecto una paja que ambos teníamos respectivamente por una punta.

Al salir del campamento el 25, llegamos á un inmenso pantano que no pudimos atravesar hasta después de nueve horas de marcha con agua hasta la rodilla. Tanto al Norte como al Este y al Oeste el país es tan uniformemente llano que en todas partes la profundidad del agua es la misma. Aquel inmenso pantano, cubierto de juncos cortos y separados, tiene el aspecto de una pradera; no se ven más árboles que los que crecen sobre los hormigueros; pero estos últimos son tan numerosos que la vegetación que los cubre tiene desde lejos el aspecto de un bosque en el cual creemos entrar y que huye siempre ante nosotros.

El agua no tiene otra corriente sino la que la imprime mi caravana al pasar por ella. Calculo en 20 kilómetros la anchura de esta larga *elephant marsh*, que no es otra cosa sino la orilla misma del Chambezi inundada aún en esta estación. El sendero, apenas indicado por algunos juncos tendidos, es de un trazado rectilíneo que aumenta la monotonía de esta fatigosa marcha. Los más afortunados son los conductores del barco que han puesto á flote sus secciones y se sirven de ellas como de carretones para llevarse por turno. No teniendo por vez primera nada que llevar, aquellas pobres gentes se divierten como chiquillos.

A las tres nos anuncian los guías que estábamos en el Chambezi. Entre el río y el pantano que acabamos de atravesar hay una lengua de tierra baja que tendrá unos 100 metros de anchura.

En una miserable choza dos indígenas vegetan con sus mujeres y sus hijos: son los primeros individuos que encontramos hace dos días. Al rededor de la choza unos cuantos tallos de sorgo nadan en el agua. Al Norte sólo diviso un océano de juncos apiñados, y á dos kilómetros una larga cortina de malezas que no son en realidad sino hormigueros. ¿Estaba allí el Chambezi? Por fin se explicaban los tres días que se necesitaban para atravesarlo.

— Dispara unos tiros, y verás cuántas piraguas aparecen por aquí, — me dijeron los guías.

Llegaron seis, pero tan estrechas y frágiles que cada una no podía llevar más que un hombre con su carga, y para cada viaje se necesitaban lo menos tres cuartos de hora.

Aquella noche me sentí acometido de un profundo desaliento, complicado con cólicos atroces, efecto de la humedad y de la poca comodidad que tenía en mi miserable choza. ¿Conseguiría llegar á la otra orilla en tres días? Y durante estos tres días, ¿no vendría en mi persecución el ejército de Mkwé? ¡Y mis hombres que no tenían ni un puñado de harina! ¡Y los guías que me imponen la ley, sin contar los dueños de las piraguas que mañana harán otro tanto!

En la primera piragua que llegó al día siguiente, envié á uno de mis jefes para explorar aquella orilla de la que no podía formarme una idea. Una hora después regresaba Tuakali con noticias bastante tranquilizadoras.

— Amo, — me dijo, — he saltado á tierra en la otra orilla, ó mejor dicho, en uno de los hormigueros inundados. Es todo puri, como aquí; pero he encontrado cuatro hombres, dos de Ketim-kuru y dos de Arley (un negrero de Zanzíbar), que están buscando nuestra caravana hace un mes por las orillas del río. Acaban de enviar á uno de los suyos á pedir un ejército á Ketim-kuru, que no suponía que tú hubieras podido pasar por el país de Mkwé.

Esta atención de Ketimkuru me conmovió. Por desgracia no se extendía su influencia á la orilla izquierda, y aun me encontraba por espacio de tres días á merced de Mkewe.

— En cuanto al río, — añadió Tuakali, — he permanecido media hora entre los juncos; solamente en su mitad, hemos atravesado cinco brazos de 50 metros de anchura, llenos de hipopótamos y muy profundos. El barco cargado no podrá cruzar los bajos en menos de un día; y por lo que hace á las vacas, es de todo punto imposible.

De las cuatro reses que me quedaban, mandé matar dos inmediatamente, conservando las otras dos para procurar sobornar el ejército de Mkewe, porque no dudaba que cayera sobre mí



Las secciones del barco sirviendo de carretones. — De un croquis del autor

antes de terminar mi prolífica tarea. En seguida conseguí que pasaran diez hombres con el encargo de instalar un campamento sólido en la otra orilla.

Durante el 27, á fuerza de paciencia, pudieron trasladarse al otro lado del río el barco y 50 hombres. Cada una de las secciones, llevadas á remolque, había exigido un tiempo considerable. Había dado orden de montarlas en la orilla derecha para que acudieran en nuestro socorro en caso de complicación, y por muy difícil que fuese hacerle atravesar los juncos.

Las exigencias de los dueños de las piraguas aumentaban de hora en hora, y en la orilla izquierda el número de indígenas crecía á medida que disminuía el de mis hombres.

El 28, á las tres de la tarde, me quedé solo con cinco hombres escogidos, entre ellos Farraji, Hassani y Wadi-Combo. Yo preveía que los bandidos aguardaban aquel momento para jugarme alguna mala pasada; pero, como no me quedaban telas ni abalorios, no podía adivinar qué iban á inventar. Las seis piraguas están alineadas en el fango; puestos á proa, estábamos de frente á la orilla donde se agitaban aquellos vocingleros. Los dueños de las embarcaciones, de pie en la orilla se niegan á marchar como yo presumía.

— Msungu, — me dice el jefe, — nos dejas dos vacas para entregárselas á Mkewe. No queremos asumir esa responsabilidad, porque si se mueren, Mkewe nos mandará degollar. Dí que nos las das y nos las comeremos; de lo contrario, las piraguas no marcharán.